

VI Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación
Buenos Aires, 21-24 de abril de 2016

Hacia una traducción literaria universal

Miguel Sáenz

¿Cuánta globalización aguanta el ser humano?

Rüdiger Safranski

Debemos a Goethe el concepto de "Literatura mundial" (*Weltliteratur*) que, aunque no siempre bien entendido, se ha perpetuado a través de los siglos. Goethe llamaba simplemente "literatura mundial" al intercambio entre literaturas y literatos, y el medio para ese intercambio era, necesariamente, la traducción. En una conversación con Eckermann, el 31 de enero de 1927, dijo: "Hoy en día, literatura nacional no quiere decir ya gran cosa. Ha llegado la época de la literatura mundial y cada cual debe poner de su parte cuanto pueda para acelerar su advenimiento".

En el siglo XX resulta inevitable mencionar a Harold Bloom, en cuyo famoso "Canon occidental" de 1994, se salvaron al menos, como escritores en lengua española, Jorge Luis Borges y Pablo Neruda. Evidentemente, las fobias de Bloom (feminismo, deconstruccionismo, tardomarxismo, postestructuralismo, lacanismo, etcétera) añadían un interés folklórico. Y entre los intentos más recientes de establecer una especie de canon mundial, no me resisto a citar *La république mondiale des lettres* (1999), de Pascale Casanova, para quien Francia y los escritores franceses son la piedra angular de cualquier posible esbozo de literatura universal.

Sin embargo, no me interesan ahora los problemas de la (necesariamente problemática) formación de un canon literario. Parece evidente que ese canon (compuesto esencialmente por clásicos, concepto que habría que volver a definir) es en gran parte discutible y que, cuando se trata sobre todo de escritores contemporáneos, las cotizaciones cambian a diario. Por otra parte, la así llamada, Academia sueca que otorga el Nobel se complace todos los años en sembrar el desconcierto entre la crítica internacional.

Lo que importa es que, sean quienes sean los autores que constituyan el canon vigente, deben traducirse a otras lenguas para ser conocidos. Y aquí empiezan las dificultades.

No nos engañemos: hoy en día, si un autor en lengua española, latinoamericano o español, quiere ser mundialmente famoso, necesita un agente literario (a ser posible Andrew Wylie, "El Chacal"), un buen traductor al inglés (no quiero dar nombres, porque los pocos traductores que conozco no me convencen) y una buena crítica en el *New York Times* (a ser posible de Colm Tóibín o Michiko Kakutani). Lo paradójico es que, como se sabe, los ingleses o norteamericanos no son nada aficionados a leer libros traducidos, de manera que la fama del escritor hispano depende de un cliente en principio poco favorablemente predispuesto.

Sin embargo, lo que aquí nos interesa son las traducciones (no sólo del inglés) al español. ¿Cabe imaginar una traducción algo menos compartimentada y provinciana que la que hoy tenemos?

Los problemas de la traducción al español vienen de larga data. Tradicional y alternativamente, los traductores hispanoamericanos (sobre todo argentinos) y españoles se han

acusado mutuamente de ser pésimos traductores. Lo que, sencillamente, no es cierto.

A Marcelo Cohen se debe un ensayo maestro ("Nuevas batallas sobre propiedad de la lengua") que debiera ser de lectura obligada para cualquier traductor al español. Según confesión propia, estuvo a punto de titularlo: "Del exilio del traductor como arduo pasaje a la soltura", pero se lo pensó mejor. Es un largo, y divertidísimo, lamento sobre lo que tuvo que soportar en los años que pasó en Barcelona (1975-1996) tratando de encontrarse a sí mismo y de poner un poco de orden en el universo de locos que era y probablemente sigue siendo la edición. Una frase me salta a la vista: "... las diferencias importantes entre el dialecto español central y los dialectos sudacas no eran las léxicas, sino las relativas al orden de los elementos de la frase y sus consecuencias en la entonación, al escandido, a la preferencia por ciertos tiempos verbales y las respectivas obediencias o desacatos a las normas y las tradiciones...". Y a Cohen se debe también un proyecto grandioso que, como es lógico, fracasó. Traducir al español *todo* Shakespeare, confiando las distintas obras teatrales a un plantel de traductores hispanoamericanos y españoles. Nora Catelli lo ha contado muy bien en la conocida página web del Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires.

Para llegar a lo que aquí he llamado pomposamente "traducción literaria universal" hay que tener en cuenta una serie de factores. El primero es el de la posible, quizá existente ya, "globalización" de la traducción. Desde Naomi Klein y Zygmunt Bauman la globalización no tiene buena fama, pero en el aspecto traductorio se le pueden encontrar ventajas. Por de pronto, el "exilio" del traductor ha

desaparecido o, mejor, se ha universalizado. Gracias a eso que se llaman "modernas tecnologías", una editorial barcelonesa, por ejemplo, puede confiar una traducción a alguien perdido en, por ejemplo, algún pequeño pueblo de Guatemala. El proceso editorial no se verá alterado.

Sin embargo, esa globalización, que implica la existencia de consorcios editoriales cada vez más poderosos, tiene también consecuencias muy negativas. Cuando las Naciones Unidas comenzaron a generalizar la asignación de sus traducciones exteriores a traductores experimentados repartidos por el mundo, se planteó pronto la cuestión de si los residentes en lugares de bajo costo de vida debían percibir la misma retribución que los que vivían, por ejemplo, en Nueva York. La Asociación Internacional de Traductores de Conferencias (AITC) luchó con bravura por la igualdad. En España sin embargo, recientemente, una de las primeras consecuencias de la creación de un gran consorcio editorial ha sido la reducción general de unas tarifas de traducción que ya anteriormente eran ridículas. El mercado manda y siempre habrá traductores dispuestos a traducir por casi nada, porque en ello les va la vida.

Ahora bien, la mundialización de la traducción requiere resolver una serie de cuestiones largo tiempo pendientes. La primera es: ¿a qué español traducir? Ante la imposibilidad de educar a los editores y la casi imposibilidad de educar a los traductores, sólo parece haber una solución: educar a los lectores.

Y aquí entra Samuel Taylor Coleridge y su manida "voluntaria interrupción de la incredulidad". No hace falta decir que hablamos de la narrativa, porque es el supuesto más fácil y, por cierto, Ricardo Piglia dice casi lo mismo

que Coleridge pero mejor: el arte de la novela "se funda en la ilusión de convertir a los lectores en creyentes".

En un libro traducido, el problema es que la incredulidad que hay que vencer es doble: la que afecta a la historia narrada y la que se refiere al autor que la narra. El traductor que no acierte a representar aceptablemente el papel de Conrad, o Dostoievsky, o Kafka nunca conseguirá vender bien su mercancía.

Es verdad que en casi el ochenta por ciento de las traducciones al español (quizá me quede corto) el problema de la "nacionalidad" del traductor no se plantea siquiera, porque el texto no lo exige. Y que en otro tanto por ciento apreciable el lector debe *darse cuenta*, sencillamente, de que está leyendo a un traductor argentino, español, mexicano o de donde sea. Nadie va a un concierto sin saber quién dirige ni qué orquesta interpreta la sinfonía, y nadie obliga a nadie a ir a un concierto determinado. El nombre del traductor debe figurar siempre en la cubierta del libro y el lector bien informado debería saber con quién se juega los cuartos. Un lector español no puede reprochar a un traductor hispanoamericano lo que jamás se le ocurriría reprochar a Borges, a Onetti o a Rulfo... aunque haya pocos traductores que estén a esa altura. Y un traductor, no hay que olvidarlo, es simplemente un escritor, con su propia identidad y personalidad.

Es evidente que hay novelas (las que se desarrollan en grandes ciudades, o en ambientes marcados por jergas específicas, o bien las profusamente dialectales o las marcadamente geográficas) que requieren traducciones especiales.

Pido perdón por mencionar algunos ejemplos tomados de mi propia experiencia. Cuando me ofrecieron traducir *The Jaguar Smile (La sonrisa del jaguar)* de Salman Rushdie (1987), en la que el autor relata su visita a Nicaragua invitado por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, rehusé cortésmente (a pesar de que me había encantado traducir *Hijos de la medianoche y Vergüenza*) por la simple razón de que Ernesto Cardenal y los que lo rodeaban no podía expresarse en un español retraducido del inglés, sino que tendría que hacerlo en un verdadero "nica", del que yo sólo hubiera podido ofrecer una pálidaa imitación. Otro ejemplo, también rushdiano. En *El suelo bajo sus pies (The Ground Beneath her Feet, 1999)*, una parte de la acción transcurre en México. Hay un momento en que aparece un piloto mexicano contando por un canal de Televisa cómo dejó a la protagonista, la cantante Vina Apsara, en Villa Huracán, lugar asolado por un terremoto. "En Villa Huracán no contestaban a nuestras llamadas, el teléfono no funcionaba, pero esa persona famosa insistió en que cumpliéramos con nuestro arreglo, no hacía más que decir: rápido, ¿no pueden llegar allí más rápido?...". No dura más que una página, pero era evidente que aquello tenía que sonar mexicano. Yo hice una traducción provisional y se la envié por fax a una amiga de Coatzacoalcos que vive en Nueva York, para que le echara una ojeada. Ella cambió cuatro palabras y alteró dos frases, y el texto, al recibirlo yo de nuevo por fax, me sonó a puritito mexicano.

Hay un caso famoso en la historia de la traducción al español: el de la novela de Oscar Hijuelos, primer hispano ganador del premio Pulitzer, *The Mambo Kings Play Songs of Love* (1989), cuya traducción española se llamó *Los Reyes del*

Mambo cantan canciones de amor. Daniel Samper, colombiano y colaborador de la revista española *Cambio 16*, publicó una crítica explosiva titulada "Los Reyes del Mambo cantan canciones en manchego". Era inconcebible que los hermanos Castillo, dos músicos cubanos emigrados a los Estados Unidos y expertos en mambo y chachachá, no se expresaran en cubano, aunque Hijuelos los hubiera "pretraducido" en su novela al inglés.

El Caribe, por cierto, es rico en problemas de traducción: el puertorriqueño Ernesto Quiñónez escribió en inglés *Bodega Dreams* (2000), sobre los emigrantes de El Barrio neoyorquino, pero hizo falta alguien como el boliviano Edmundo Paz Soldán, gran conocedor de "las voces latinas en USA" para traducirlo a un lenguaje satisfactorio (*El vendedor de sueños*). Y puede haber casos más difíciles: la mezcla de inglés y español de *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* (2007), otro Pulitzer magistral, anuncia una era en la que cada libro parece crear su propio idioma. Sólo una mujer como la cubanoamericana, Achy Obejas, experta en navegar por identidades múltiples, podía salir airoso al traducir al español esa novela (*La maravillosa vida breve de Óscar Wao*).

Y la amalgama de idiomas no se limita al inglés-español. En el penúltimo premio Goncourt: *Pas pleurer* (2014), de Lydie Salvaire, la madre española de la narradora, que recuerda la guerra civil, habla un francés salpicado de expresiones españolas. La solución adoptada en la traducción fue correcta pero no muy convincente: escribir en cursiva todas las palabras que aparecían en español en el original.

En cuanto a los dialectos, sería mejor no hablar, pero quiero contar una anécdota. En unas Jornadas Hispanoamericanas de Traducción Literaria celebradas en Rosario, creo que en 2006, una traductora colombiana me dijo algo así como: "Lo que no entiendo, Sr. Sáenz, es por qué, en su traducción de *Mi siglo*, de Günter Grass, en el capítulo dedicado al año 1946, una mujer que quita escombros en Berlín se pone a hablar en andaluz". Me quedé sorprendido pero luego comprendí. Enfrentado con un dialecto berlinés cerrado, yo había intentado traducirlo por un español simplemente incorrecto (aquella mujer desescombradora decía, por ejemplo, "esazto"). Me excusé, reconociendo mi fracaso. Muy recientemente, leyendo un libro de Clifford E. Landers (*Literary Translation*), he encontrado una frase que me ha impactado: "El mejor consejo cuando se trata de traducir dialectos es: no lo haga".

Pero la realidad no es tan simple: en estos momentos estoy traduciendo el último libro que dejó Günter Grass: *Vonne Endlichkait (Von der Endlichkeit)*. Es una melancólica colección de ensayos, poemas y dibujos de alguien que sabe que pronto morirá. Su título (en una especie de dialecto prusiano oriental) quiere decir "De la finitud" y enseguida decidí que no lo llamaría "De la finitú" para no ser tachado de andalucista. Sin embargo, el último poema del libro se llama del mismo modo que el libro. Son sólo nueve versos, pero algo tendré que inventar...

Todo esto son detalles. Volvamos a Marcelo Cohen: ".... en el futuro cada libro exigirá del traductor, como exige la escritura, no sólo una solución parcial, sino una teoría ad hoc, como si la traducción se convirtiera en una rama de la

patafísica, esa ciencia de las soluciones particulares". Totalmente de acuerdo, pero ese futuro ya ha llegado.

En todo caso, obligado por el altisonante título que he elegido ("Hacia una traducción literaria universal"), me atrevo a sugerir algunas conclusiones. Y empiezo por recordar la frase del gran Miguel Torga: "*O universal é o local sem paredes*".

La globalización de la industria editorial en español es imparable y es mejor irse acostumbrando a la idea. Algunos grandes grupos lo controlarán todo, sin perjuicio de que subsistan pequeñas editoriales, dedicadas a una literatura de público más reducido.

La indefensión del traductor será casi absoluta, salvo si consigue asociarse y agruparse en todos los países de habla española. Olvidemos las diferencias culturales: todos estamos en el mismo barco.

El traductor al español debe luchar por que su personalidad sea conocida y reconocida. No se trata de vanidad, ni siquiera de intereses económicos: mientras el lector no sepa quién ha escrito *realmente* el libro que está leyendo, todo traductor será un don nadie.

Respetemos sinceramente a nuestros colegas para que ellos, a su vez, nos respeten. Nadie tiene el monopolio del idioma, nadie escribe mejor que nadie. Y malos traductores habrá siempre: aprendamos a distinguirlos por sus obras y no por su nacionalidad.

El porvenir, en contra de lo que pudiera deducirse de todo esto, no es inquietante. Quinientos millones de lectores nos esperan.

Bibliografía

- Apter, Emily: *Against World Literature (On the Politics of Untranslatability)*, Verso, Londres/Nueva York, 2013
- Bauman, Zygmunt: *Globalization*, Polity Press, Cambridge 1998
- Casanova, Pascale: *La république mondiale des lettres*, Éditions du Seuil, París, 1999
- Cohen, Marcelo: *Música prosaica*, Entropía, Buenos Aires 2014.
- Coleridge, Samuel Taylor: *The Major Works (Biographia Literaria)*, Oxford World's Classic, Oxford/Nueva York 2009
- Díaz, Junot: *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*, Riverhead Books, Nueva York 2007
La maravillosa vida breve de Óscar Wao (traducción de Achy Obejas), Penguin Random House, Barcelona 2008
- Eckermann, Johann Peter: *Gespräche mit Goethe in den letzten Jahre seines Lebens*, Insel, Fráncfort del Meno 1981
Conversaciones con Goethe (edición y traducción: Rosa Sala Rose), Acantilado, Barcelona 2005
- Hijuelos, Óscar: *The Mambo Kings Play Songs of Love*, Farrar, Straus y Giroux, Nueva York 1989
Los reyes del mambo tocan canciones de amor (traducción de Alejandro García Reyes), Siruela, Madrid 1990
- Klein, Naomi: *No Logo*, Fourth Estate, Londres 2010
- Landers, Charles E.: *Literary Translation*, Multilingual Matters Ltd., Clevedon/Buffalo/Toronto/Sidney 2001
- Quiñonez, Ernesto: *Bodega Dreams*, Vintage Books, Nueva York 2000
El vendedor de sueños (traducción de Edmundo Paz Soldán), Alfaguara, Miami, Fl., 2001
- Safranski, Rüdiger: *Wieviel Globalisierung verträgt der Mensch?*, Carl Hanser Verlag, Múnich/Viena 2003
- Salvayre, Lydie: *Pas pleurer*, Éditions du Seuil, París 2014

No llorar (traducción de Javier Albiñana), Anagrama,
Barcelona 2015

Torga, Miguel: *Traço de União: temas portugueses e
brasileiros*, Coimbra 1955.